RUOTGERO

Vida del arzobispo Brunón

Vita Brunonis archiepiscopi Coloniensis

SABBATISMUS

Ruotgero (fl. 965–969)
Vita Brunonis archiepiscopi Coloniensis · Vida del arzobispo Brunón

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Prólogo

Al señor arzobispo Folcmaro, beatísimo en la gracia de Cristo y perfectísimo en todo esplendor de sabiduría, Ruotgero, el último de sus siervos: la gloria eterna de la verdadera claridad. La reverencia de vuestra santidad ha puesto sobre mi cabeza una carga pesada, sin duda, pero, para la medida de mi pequeñez, sumamente dulce y grata: que describiera, con la facultad de palabra que pudiera, la vida del admirable y magnífico arzobispo Brunón. Su virtud le granjeó una alabanza que el oficio de mi pluma no ha podido cumplir como él lo mereció. Con todo, hablar de él de cualquier modo, porque vos lo mandasteis, ha sido un deleite. Desde el principio tuvo tal ánimo que no se creía nacido para sí más que engendrado para nosotros y para la cosa pública.

Hizo muchísimas cosas, casi infinitas, dignas de memoria eterna; pero no espere el oyente que yo ni ningún otro las expongamos todas. Pues si alguno prometiera hacerlo con fidelidad y verdad, tendría que señalar cada uno de los años que vivió pasada la niñez con un códice propio, y por cierto espacioso. Pienso, pues, que muchos, a lo largo y a lo ancho, se ocupan en esta tarea, para transmitir sus hechos, en parte por escrito y en parte de palabra, aun a los que han de venir. Porque no negociaba en una sola provincia

ni en un solo reino: buscaba la salvación de todos aquellos a quienes podía llegar, mediante el comercio de su benevolencia, de su trabajo y de su celo. Ni faltan muchos que podrían llevarlo a cabo con brillo y con prudencia; pues, aunque no se hallaran otros tales, solo entre sus discípulos, estando aún fresca su memoria, florece de tal modo en muchas tierras todo género de estudios y de elocuencia, que bastaría no solo para narrar los más grandes testimonios de sus hechos, sino también para adornarlos. ¡Cuántos y cuán grandes obispos conocemos entre los alumnos de tan gran varón, cuántos hombres probadísimos en toda disciplina de la profesión eclesiástica, que lo conocieron más de cerca y pudieron dar a conocer su vida con más perfección en ilustres monumentos! Pero ¿quién soy yo para haberme atrevido a contrariar vuestros deseos, el más excelente de los señores? He hecho, pues, lo que pude, como pude, no presumiendo de ciencia, sino conservando alguna confianza en la obediencia. Y en ello, aunque me pareció poco posible cumplir lo que emprendí, me propuse venerar y abrazar siempre de tal modo la dignidad de vuestro mandato que, olvidado de mi incapacidad, estoy todo entero en vuestras manos, con los ojos y con el alma. Por eso suplico a vuestra generosa bondad que lo que a esta obra mía le falta en pompa y ornato de lenguaje lo supla en vuestros oídos la recomendación de aquel a quien, por el mérito de su virtud, tan tiernamente amasteis. Dígnese Dios omnipotente conservar a vuestra beatitud

sana y salva por muchísimo tiempo, para nuestra salvación.

VIDA DEL SEÑOR BRUNÓN

1

Es propio de la sabiduría, sin duda, saber de dónde viene el don que uno recibe, para no pensar que lo tiene de sí mismo, ni tampoco que lo tiene de Dios, pero como algo que se le debía. Porque si buscamos qué se nos debe, no hallamos nada más que castigo. Pero la misericordia de Dios nos anticipó la gracia, para tener a quienes devolver gracia por gracia (Jn 1,16); y esto sería ya una deuda porque Dios lo quiso, no porque el hombre lo mereciera.

¿Qué tienes, dice el Apóstol, que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? (1 Cor 4,7)

Por la inefable providencia de la bondad de Dios se ha concedido, pues, a sus elegidos que sean enriquecidos gratuitamente con copiosos dones de la gracia y que, sin embargo, en cierto modo merezcan por la gracia aquello mismo con que son premiados, uno de una manera, otro de otra (1 Cor 7,7), cada cual según lo que obra en él el único y mismo Espíritu, que reparte a cada uno según quiere (1 Cor 12,11). Solo al Unigénito da Dios el Espíritu sin medida (Jn 3,34). Porque en él, como dice el Apóstol, habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col 2,9); la reparte entre sus miembros, a cada uno según su voluntad, y a ellos les da abundantemente todas

las cosas para que las disfruten (1 Tim 6,17), es decir, a sí mismo, para que Dios sea todo en todos (1 Cor 15,28). Esta desigual claridad y esta diversa largueza de dones es ahora una cuestión admirable; un día será la honrosa belleza y el ornato de la casa del Señor, de la que se dice a Dios: Santo es tu templo, admirable en la justicia (Sal 65,5-6).

2

Muchos han comprobado hace poco, y los más prudentes lo han entendido bien, en Brunón, de piadosa memoria, venerable arzobispo de la iglesia de Colonia, cuánto puede aventajar un hombre a otro. La mayoría de quienes lo conocieron de cerca no acababan de admirar sus dichos y sus obras. Había, en efecto, en aquel solo hombre cosas muy desemejantes: nobleza de linaje, dignidad de cargos y una ciencia, que suele hinchar, tan elevada que nada había por encima; y, sin embargo, tal humildad de ánimo y de porte, en cuanto los más sagaces pudieron discernirlo, que pensarías que nada había por debajo; el espacio de en medio estaba tapizado de caridad (Cant 3,10). Le sonreía todo lo que podía servir al orgullo, y todo ello lo había apartado siempre de sí con el mayor empeño, con la mano de una vigilante discreción. Así mostraba una cosa a los ojos de los hombres y otra al Testigo de los corazones. Creemos que muchísimos pueden formarse saludablemente con el ejemplo de su modo de vida, si lo recorremos brevemente desde la niñez. Porque en ella los pequeños y los humildes tienen con qué fortalecerse, y los soberbios y

los ricos, en cambio, con qué quedar atónitos. Los antepasados de sus antepasados, hasta donde alcanza la memoria de los hombres, fueron todos nobilísimos; apenas se halla en su estirpe uno oscuro, ninguno degenerado; y, sin embargo, él los superaba a todos —salvo la preeminencia de los augustos y de los reyes— muy a las claras en la gracia de las facciones, en la gloria de las artes y en toda clase de diligencia del ánimo. Nació en el tiempo en que su padre Enrique, rey glorioso, domada la fiereza de los bárbaros y reprimido también el peligro de la ruina interior, reedificaba con gran empeño lo destruido y regía a un pueblo dócil con las riendas de la justicia, en una paz por fin segurísima y deseadísima. Así, el tiempo mismo de su nacimiento llevaba ya como por delante las señales de la buena voluntad que había de tener. Pues, como deseó siempre con la mayor viveza todo lo que era bueno, buscó con especial solicitud el don de la paz, como alimento y ornamento de las demás virtudes, porque previó que había de aprovechar a todos los buenos. Porque en tiempo de tranquilidad deben nutrirse y afianzarse las virtudes, para que, cuando sobrevenga cualquier perturbación, no dejen que el hombre se ablande y pierda el vigor de su estado.

3

Sería demasiado largo referir cómo el mencionado rey, padre de este gran varón de quien tratamos, llegó a aquella serenidad de una paz tan grata, cuando había encontrado toda la extensión de su reino sacudida y atrozmente atormentada

por las continuas incursiones de los vecinos y por gravísimas discordias aun entre los ciudadanos y los parientes. Por un lado, la fiera nación de los daneses, poderosa por tierra y por mar; por otro, la rabia de los eslavos, dividida en cien pueblos, bárbaros que rechinaban los dientes, se erizaron contra él; y la crueldad de los húngaros vino detrás, que, traspasados los confines de los moravos, de los que poco antes se había adueñado con impía licencia, devastó a lo largo y a lo ancho, a hierro y fuego, la mayor parte de las provincias de su reino. Antes faltaría el día que materia para narrar este mal. Al otro lado del Rin, hacia occidente, todo se nos rebelaba; y los mismos príncipes de un reino todavía estrecho se ensañaban contra sus propias entrañas de un modo casi irremediable, males que nadie podía cortar ni sanar sino quien estuviera dotado de una virtud sobresaliente y de una diligencia singular. Pero al cabo de algún tiempo, por la gracia divina, tan gran temor invadió a los extraños que nada les fue nunca más temible, y tan gran amor unió a los de casa que nada pareció jamás más unido en ningún reino, por poderoso que fuera.

4

Por aquel tiempo, el noble vástago de reyes, que tenía unos cuatro años, fue enviado a Utrecht, al venerable obispo Balderico, que aún vive, para ser instruido en el estudio de las letras liberales. Allí, mientras él aprovechaba con disciplina y con ingenio agudo, como niño de buen natural, la odiada tiranía de los normandos se

enfrió algún tanto, como por la presencia de tal rehén, y con esta ocasión se restauraron por fin las iglesias y los demás edificios, de los que apenas quedaban las ruinas. Así no pasaba ningún tramo de su edad sin provecho para la santa Iglesia de Dios. Pues por medio de él, aunque todavía no lo supiera, el pueblo cristiano, libre ya de sus enemigos, exultaba en las alabanzas de Dios. Después, cuando aprendió los primeros rudimentos del arte gramatical, comenzó a leer, bajo la guía de su maestro, al poeta Prudencio, como lo supimos de él mismo, que a menudo lo recordaba para gloria de Dios omnipotente. Y Prudencio, que es católico en la fe y en la intención, eminente en elocuencia y en verdad, y elegantísimo en la variedad de sus metros y de sus libros, agradó pronto al paladar de su corazón con tal dulzura que bebía, con avidez mayor de lo que puede decirse, no solo la ciencia de las palabras exteriores, sino la médula del sentido más íntimo y, por así decirlo, su néctar más puro. Después no hubo absolutamente ningún género de estudios liberales, en toda la elocuencia griega o latina, que escapara a la viveza de su ingenio. Ni la abundancia de riquezas, como suele ocurrir, ni el continuo bullicio de las muchedumbres que lo rodeaban, ni ningún hastío que se insinuara de otra parte apartaron jamás su ánimo de este noble ocio, de modo que su meditación incesante y el celo infatigable de un ejercicio continuo daban testimonio de la pureza de su corazón, cuando ya toda inclinación de este tipo se había convertido por completo en hábito, como está escrito: Por

sus aficiones se conoce al niño, si son puras y rectas sus obras (Prov 20,11). A esto se añade que, así como no consintió que el fervor de su ánimo se apagara con la desidia y la ligereza de otros ni se corrompiera con conversaciones superfluas y vanas, así también llevaba muy a mal que los libros en que estudiaba, o cualesquiera que tuviera ante los ojos, se rompieran por descuido, se arrugaran o se trataran de cualquier modo con poco cuidado; pues no juzgaba que hubiera de descuidarse nada de lo que le pertenecía, ya que, como dice Salomón, el que desprecia lo pequeño poco a poco caerá (Eclo 19,1).

5

Así pues, cuando su padre, fundado su imperio y pacificado a la perfección, pasó de las cosas humanas, Otón, su hijo mayor, colmado de la bendición del Señor y ungido con óleo de alegría (Sal 45,8), comenzó a reinar con gran voluntad y consentimiento de los príncipes, en el lustro centésimo octogésimo octavo y en el sexagésimo tercer ciclo de indicciones desde la encarnación de nuestro Señor Jesucristo: varón a quien el Espíritu de Dios concedió un don singular de verdad y de fe. Si prometiera narrar sus virtudes, me arrogaría demasiado y no sería en modo alguno tolerable. Porque su alabanza y su gloria exceden cuanto el mismo Cicerón pudiera prometerse en elocuencia.

Este llamó a su hermano Brunón, consagrado a Dios y todavía adolescente, de las escuelas al palacio, con la honra que correspondía: un lugar

apto para ser un espejo tan clarísimo que todo lo que hubiera de deforme en los estudios casi en el mundo entero aparecía allí con más nitidez. Porque allí confluía, desde todos sus confines, todo lo que se tenía por algo. Asimismo, este era el único asilo que buscaban todos los oprimidos por cualquier calumnia. Allí sobresalía, por encima de cuanto recordaban los hombres, un modelo de sabiduría, de piedad y de justicia. Los que poco antes se tenían en su casa por doctísimos volvían de allí marcados por el rubor y emprendían los rudimentos de las artes como diciendo: Ahora comienzo (Sal 77,11). Aquel a quien nada le latía en el lado izquierdo del pecho se mantenía en adelante, avergonzado, lejos de aquel como excelso tribunal. El Señor llenó aquel vaso suyo del espíritu de sabiduría y de entendimiento. Y no le bastó reunir en el tesoro de su corazón lo que tenía a mano; además se procuró enigmas extranjeros, y todo lo que percibió de filosófico y más alejado de los sentidos terrenos lo recogió de todas partes. Él mismo volvió a tejer las siete artes liberales, olvidadas desde hacía mucho. Todo lo nuevo y grande que pregonan los historiadores, los oradores, los poetas y los filósofos lo escudriñó con la mayor diligencia junto a maestros de cualquier lengua; y donde un maestro sobresalía por la rapidez del ingenio, allí él se mostraba discípulo por la humildad.

6

Muchas veces, cuando los más doctos de los griegos y de los latinos disputaban sobre la eleva-

ción de la filosofía o sobre la sutileza de alguna disciplina que florece en ella, él se sentaba en medio como docto intérprete y satisfacía a los que disputaban, con el aplauso de todos, que era lo que menos amaba. Porque no se puso a corregir el fiel engañoso de aquella balanza, ni se buscó fuera de sí; estimaba que su gloria era el testimonio de su conciencia (2 Cor 1,12). Contemplaba esto con frecuencia un juez que en tales cosas no sabe engañarse, el rey más grande de la tierra, que, así como afianzó su reino por fuera con el vigor de la fortaleza y del consejo, lo revistió por dentro con tal esplendor. Se cree que también Dios mismo contemplaba estas cosas, por cuya misericordia se custodia todo don que concede. Porque ¿quién habría mantenido la arrogancia lejos de tan grande e incomparable altura, si él mismo no hubiera puesto mayor guarda?

7

El obispo Israel el Escoto, bajo cuyo magisterio este ilustrísimo varón de quien hablamos declaró haber aprovechado muchísimo, preguntado por algunos acerca de sus costumbres —nosotros mismos los hemos oído repetirlo con cuidado y tenerlo casi por un oráculo—, respondió que era un varón eminentemente santo. Testimonio bien digno de alabanza y bien sabido, el de un maestro acerca de su discípulo. Los griegos, a quienes tuvo igualmente por maestros, quedaban atónitos ante tanta gracia y llevaban a sus conciudadanos, de vuelta a su tierra, cuestiones ciertamente dignas

de él: pueblo cuyo afán, según se dice, fue en otro tiempo oír o descubrir siempre algo nuevo.

8

Entretanto, se veía obligado mil veces al día a patrocinar a los desdichados, a aconsejar a los afligidos, a socorrer a los miserables. Todo lo cual administraba de tal manera que parecía haberse convertido en refugio de todos los necesitados. Así, cuando estaba en el ocio, casi nadie parecía más ocupado en el negocio, y cuando estaba en el negocio, nunca dejaba el ocio. Entregadísimo a sus estudios nocturnos, fue agudísimo en hallar y en componer por escrito todo lo más honesto. Hizo pulida e ilustre la elocuencia latina no solo en sí mismo, donde sobresalió, sino también en otros muchos. Y no lo hizo con altivez alguna, sino tanto con gracia familiar como con urbana gravedad. Después de comer, cuando otros, aun de los mayores, según hemos oído, se relajan un poco, él se entregaba con más atención a la lectura y a la meditación. El crepúsculo de la mañana no lo vendió a ningún precio, ni se entregó entonces de ningún modo al sueño que lo solicitaba. Las bufonadas y mimos que en las comedias y tragedias dicen los diversos personajes, y con los que algunos estallan y se sacuden de risa sin fin, él los leía siempre con seriedad: tenía la materia en lo mínimo y la autoridad en la composición de las palabras en lo máximo. Tuvo escuelas itinerantes, sosegado no en el cuerpo, sino en el espíritu. Pues adondequiera que se trasladaban las tiendas o los campamentos reales, llevaba consi-

go su biblioteca como el arca del Señor, llevando con ella la causa de su estudio y su instrumento: la causa en los libros divinos, el instrumento en los gentiles, como docto padre de familia que sabe sacar de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Ni siquiera en el camino había lugar para la desidia; en medio de la muchedumbre, cosa de pocos, estaba como solo. Pues conversaba de algo utilísimo con quienquiera que fuese, o lo meditaba en cualquier compañía.

9

Cuando se llegaba al oficio divino, mantenía el ánimo atento, encomendándose al Señor con una oración breve, sí, pero pura. A aquellos con quienes convivía les daba a veces gusto en el vestido y en el porte, mientras en su mente se ocupaba de otra cosa. Porque de otro modo no habría sido tan verdaderamente popular ni habría persuadido a tantos de lo mejor. Cualquier cosa grande que en materia de religión emprendiera en aquel tiempo alguno de los sacerdotes del Señor o de los varones perfectos, se apoyaba en él como en un compañero único, y no juzgaba su propia autoridad bastante fuerte por sí misma si no sabía que él lo sostenía, como tropa de reserva, en la batalla de Dios. El siervo de Dios aprovechó no poco en lo emprendido; tuvo en nada los rumores del vulgo, y no previó solo lo que tenía ante los pies, sino también muchas cosas futuras. De ahí que, al ver entre su hermano, que llevaba el nombre de su padre, y Conrado, admitido por matrimonio en la familia real, una familiaridad de conversa-

ción excesiva, y esto sobre todo durante la misa, se dice que exclamó con espíritu profético: «¡Oh, en qué amargura de enemistades se resolverán, en este tiempo tremendo, esas camaraderías mal habidas!». El desenlace, no mucho después, dio crédito a sus palabras.

10

La primera administración se le confió siendo todavía adolescente, en algunos monasterios, a cuyos moradores, con el debido testimonio de la Iglesia, sujetó a la vida regular, en parte por voluntad y en parte por fuerza, sabiendo que aun a los que no quieren se les hace el bien. Y poco después, con el asentimiento de la liberalidad real, restituyó aquellos lugares consagrados a Dios a sus antiguos privilegios e inmunidades, sin reservarse a sí ni a los suyos ningún beneficio por derecho, salvo lo que los padres de los monasterios le habían ofrecido espontáneamente por caridad. Entre ellos está Lorsch, lugar ennoblecido por la munificencia de los reyes, que conserva todavía, en memoria de tan gran varón, la prerrogativa de la libertad y los monumentos de la religión. Después, mientras iba de virtud en virtud (Sal 84,8) a pasos de gigante, por así decirlo, y adondequiera que dirigía el pie siempre adelantaba en la voluntad del Señor, se levantó en la Iglesia una súbita tempestad de discordia —dormido, creo, Jesús en el pecho de los centinelas que velaban ante las puertas de la casa del Señor—, de modo que algunos compañeros de Satanás, hinchados por el espíritu de la envidia, intentaron apagar al

mismo emperador, por quien había salvación en el pueblo, es decir, la luz del orbe de la tierra. ¿Por qué esto, sino para que no fueran descubiertas sus malas obras? Pues, según el testimonio de la verdad evangélica, todo el que obra mal aborrece la luz (Jn 3,20). Frustrado, pues, por la misericordia de Dios este designio, concebido al silbo de la serpiente, derramaron el veneno de su maldad por las entrañas de todo su reino. Y aunque en todas partes amenazaba con el silencio de las leyes y con la ruina de la plebe por matanzas y rapiñas, en ninguna hervía con más ferocidad que en las regiones de occidente. Allí los príncipes, habituados a la violencia y a la rapiña, y los pueblos, ávidos de novedades, todos atentos a las desgracias civiles, preferían enriquecerse con las miserias ajenas.

11

Entonces Wicfrido, pastor de la santa iglesia de Colonia, enfermo desde hacía mucho, pero bastante fiel a la majestad real y a la patria, dejando por fin los cansados miembros terrenos, se unió a los espíritus celestiales. El pueblo, privado de pastor, no intentó en aquella misma confusión nada dudoso ni vacilante, sino que eligió para sí un único consuelo, deseado de modo único, en el señor Brunón, varón magnífico y probadísimo, siguiendo el consejo de los magnates y de todo el clero. Maduro de costumbres en un cuerpo juvenil, era humilde y manso en medio del mayor fasto de la nobleza; en la elevación de la sabiduría que había recibido se propuso no saber

más de lo que conviene saber, sino saber con sobriedad (Rom 12,3); en la abundancia real fue parco consigo y rico para los amigos. En aquella elección brilló al principio por encima de los demás el obispo Godofredo, aunque difícilmente podría decir nadie si alguno aventajaba a otro en su deseo. Solo en esto andaban dudosos entre la esperanza y el temor: midiendo la dignidad del cargo y la gloria del varón, temían que lo que con tanto afán le preparaban fuera indigno de tan grande excelencia. Y en verdad, si hubiera habido en todo este reino un lugar más augusto, o al menos más elegante en clero, pueblo, iglesias y todo su aparato, todos los que lo conocían lo habrían juzgado más digno de recibir a tan gran pastor.

12

Así pues, de acuerdo todos y sintiendo lo mismo en Cristo, mientras contemplaban todavía el cuerpo de su predecesor, de buena memoria, insepulto y expuesto a la vista según la costumbre del lugar, el santísimo senado eligió a cuatro varones principales y a otros tantos laicos, todos sumamente instruidos, para que llevaran todo esto al palacio y, dando a conocer, tras llorar su orfandad, la unanimidad de la elección, pidieran como consuelo para los desolados al que hemos mencionado. ¿Para qué más? Plugo a la autoridad imperial —demos gracias a Dios— atender de tal modo al tiempo y al lugar que envió con presteza, para custodia del rebaño huérfano, al visitador pedido con tanta constancia. Enviado por fin desde los campamentos del imperio terreno a las

tiendas del Rey celestial, para luchar contra las maldades espirituales, entró llevando consigo las artes y los ejercicios de las virtudes, y ante sí las armas de la fe. Sus nuevos compañeros vieron pronto en él lo que atraía y lo que imponía temor. Pues se mostró muy afable y apacible; y aunque nada escapaba a su diligencia en los asuntos, con todo preguntaba con solicitud por todas partes qué debía hacer y en qué costumbres debía apoyarse. Tenía una gravedad sazonada de cortesía, de modo que a la muchedumbre que acudía se le mostraba moderadamente alegre y en todo admirable.

13

Se llegó a la sacratísima sede, preparada para este piadoso proveedor por el Señor omnipotente antes de los tiempos y entregada en su propio tiempo. Hubo un inmenso concurso de pueblo, una agitación sin fin de la muchedumbre, y la ciudad exultó con nuevos gozos. El clero acudió de los monasterios, concurrió una multitud de religiosas, gentes de toda condición y de ambos sexos se juntaron para la fiesta más que nunca. La Iglesia, gozosa, destetó en el día de tan grande solemnidad a su prole, amamantada hasta entonces a sus pechos maternos y ya crecida en la gracia de Cristo, y la constituyó espiritualmente madre, para que después le diera a luz con dulcísimo afecto hijitos en quienes Cristo se formara (Gál 4,19). Y los obispos, que estaban presentes en gran número, y el senado de este santo clero, aclamando todos con voz de júbilo y de salvación,

hicieron sentar sobre la cátedra pontifical al varón elegido por Dios y por los hombres, y todos a una hicieron resonar la alabanza a Dios, cada cual con el clamor que podía, y también con órganos y címbalos y con toda señal de alegría.

14

Desde entonces toda su intención, todo su empeño, fue para defensa o para ornato de la santa madre Iglesia. Había que defenderla por fuera y adornarla por dentro: defenderla en lo secular, adornarla en lo espiritual. Amó ante todo la belleza de la casa del Señor y el lugar donde habita su gloria (Sal 26,8); que ardía en este deseo lo mostró a las claras de muchas maneras, que no es necesario recorrer aquí por escrito, pues la memoria de sus ilustres hechos está fresca, y en su pueblo no dejará de hablar de él nadie que ame la verdad y la fe. Con todo, algunas de ellas, como nos propusimos, no deben quedar cubiertas por el silencio de los escritores, para ejemplo e instrucción de muchísimos. Porque es imposible desplegar los hechos de tan gran varón a través de los progresos diarios de sus virtudes, y ensalzar como corresponde, con alabanzas dignas de sus obras, los grandes méritos que, a la manera de una prudentísima abeja, había recogido a lo largo y a lo ancho haciendo el bien y aliviando la pobreza de los oprimidos, para poder ser el buen olor de Cristo. Esto, sin duda, era para unos olor de vida y para otros de muerte. Pues los que, encendidos por el celo de la amargura e ignorantes de las buenas artes, intentaban pervertir con detrac-

ciones y maldiciones unos afanes tan distintos de sus propias obras, que ni podían cambiar ni sabían venerar, se procuraban la muerte y una desdicha perpetua, según la amenaza del profeta, que dice: ¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas! (Is 5,20). Pero el que me sigue, dice el Señor, no anda en tinieblas (Jn 8,12). Este, ciertamente, no juzga antes de tiempo, ni condena con ligereza a nadie por su propio parecer. Los buenos, pues, se proponen desagradar a los peores, y por eso miden su vida no por la vanidad de las habladurías del pueblo, sino por la verdad de la conciencia.

15

Antes de que este varón, instruido en la ley del Señor, subiera a la cátedra pontifical, los ciudadanos sediciosos de nuestra república, a quienes el espíritu de Satanás había inflamado para alzarse contra el ungido del Señor, tenían alguna esperanza de apoderarse de Colonia. Así pensaban que el magnánimo pueblo del reino lotaringio podría quedar ligado a ellos por un pacto de paz o, por la ventaja del lugar, ser aterrorizado con frecuentes acometidas de guerra. Pero, una vez que este hijo de la paz, vigilantísimo custodio de las iglesias, entró en ella, no puede decirse con cuánta pesadumbre quedaron afligidos, con cuánta desesperación de llevar a cabo su empresa quedaron cubiertos cuantos en este reino eran enemigos de la paz. De ahí las blasfemias, las maldiciones, los oprobios y toda clase de inven-

ciones impías. Verdaderamente la iniquidad se mintió a sí misma (Sal 27,12): como sabían que el pastor no podía ser corrompido ni seducido de ningún modo, pretendían al menos, si una superchería semejante podía prosperar, apartar al rebaño de su amor con estos alardes de mentiras. Porque los varones doctos y grandes saben merecer la envidia, pero no quieren tenerla.

16

En aquella sazón, el emperador y su ejército sitiaron Maguncia, ciudad noble y opulenta. Estaba, en efecto, llena de enemigos y de conspiradores contra el reino, y allí donde solía florecer la sinceridad de la religión había confluido la mayor sentina de la discordia. Acerca del arzobispo del lugar, las opiniones de los príncipes y del vulgo eran igualmente diversas. Unos ponían su inocencia por las nubes, pregonaban sus virtudes y decían que lo que se hacía mal aquí y allá, y sobre todo en aquellas regiones, por el mal civil, le era odioso a él más que a nadie; pues aseguraban que abominaba de los bandos y que por eso se retiraba de en medio y se cuidaba muy poco de a quién se abría la ciudad o a quién obedecían los soldados. Tal era, más o menos, el parecer de los que, coligados en una impía conjuración, se jactaban de apoyarse en todo en su continua ayuda y consejo, defendiendo su causa solo con esto: que de ningún modo podía ser reprobable una causa en la que tal varón quisiera tomar parte. Pero otros, y casi todos —aquellos en cuyos corazones la gracia divina había inspirado venerar la potes-

tad ordenada por Dios y seguir con toda devoción al emperador, tutor de los bienes, vengador de los crímenes, dispensador de los honores, y también aquellos a quienes importaban en su casa la hacienda, las esposas y los hijos, o para quienes su propia paz y bienestar habían sido de algún modo dulces—, juzgaban los méritos de este hombre de muy distinta manera. Dejemos entretanto estas cosas al juicio de Dios y volvamos de la digresión a nuestro propósito.

17

Así pues, el emperador invitó a un nuevo consejo al nuevo custodio de la ciudad de Agripina y obispo designado, habiendo comprobado lo que podía con la mente y con la lengua antes de que se le impusiera este cargo. Allí el favor de los aduladores se repartía en uno y otro sentido, y casi no se sabía a quién se podía creer con razón. Se oía con bastante frecuencia, aun de boca de los que militaban en los campamentos reales, que alababan la valentía del bando contrario y alegaban la inocencia de su causa, pues habrían tomado sobre sí aquella fatiga obligados y muy contra su voluntad. Y como ni siquiera entre los enemigos se halló a nadie tan demente que blasfemara contra la majestad real, volvían toda la culpa y la malicia de la crueldad comenzada contra Enrique, su hermano, duque de los bávaros e ilustre marqués, temible para los bárbaros y para todos los pueblos de aquellas tierras, aun para los mismos griegos. Pero en realidad, cuanto mejor era uno y más pronto a guardar fidelidad al

emperador y a su reino, tanto más lo aborrecían. En este odio del bando impíamente salteador y perjuro se arrojó por propia voluntad y de buen grado el glorioso Brunón, obispo deseado por el pueblo de Dios, sin dar a nadie ocasión, ni con doblez de corazón ni con labios engañosos, de disimular lo que quería o de fingir lo que no quería. Así, ni se propuso engañar a otro ni consintió en ser engañado por otro. Con todo, tanteó primero los duros corazones de los rebeldes, por si de algún modo podían curarse con los fomentos de su saludable persuasión y doctrina, difiriendo la última medicina del cauterio hasta averiguar con piadosa solicitud, más a fondo, qué se prometía aquella audacia desenfrenada.

18

Era cabeza de aquella conjuración Liudolfo, hijo del emperador, joven singularmente ilustre y admirable, que habría sido capaz no solo de conservar, sino también de engrandecer los monumentos de las victorias de su padre, si no hubiera dado crédito a los seductores y hubiera querido ser heredero y no traidor. Pero como, en su prisa por enriquecerse, no mereció obedecer el consejo paterno, le sucedió, según la veraz sentencia de Salomón, que la herencia a la que se apresuró al principio careciera al final de bendición (Prov 20,21). Así pues, el sacerdote del Señor, eminente y lleno de consejo, que había de serlo y, como dijimos, estaba ya designado, doliéndose del desprecio hecho a su hermano y de la perdición de su sobrino, cuando este vino al cam-

pamento, dada la palabra por medio de rehenes, con ánimo de fiera, lo apartó de la turba, según cuentan, y le habló así: «¿No sabes, el más ilustre de cuantos jóvenes ha producido la tierra, cuánto bien te harías a ti y a los tuyos si dejaras penetrar las palabras de mi advertencia en lo secreto de tu pecho? Porque tú, máximo cuidado de tu gloriosísimo padre y gloria nuestra, ¿qué nos dejas que esperar, si te sustraes a nuestros deseos? ¿No miras las canas venerables de tu piadoso padre, a quien no te conviene entristecer ni injuriar? ¿No recuerdas el amor paterno que siempre te ha mostrado desde niño? Créeme: ofendes a Dios cuando desprecias a tu padre. No hay nada con que puedas excusarte. Todo lo nuevo que maquinas contra este reino sin su voluntad redunda en injuria suya. Tratas tu causa con tus enemigos, cuando, al contrario, convenía tratarla con tus amigos. Porque ellos no te buscan a ti en ti, sino lo suyo; tienen en poco tu bien, y lo miden todo por las palabras, no por la verdad de las cosas. Mira, te lo ruego, adónde te conducen, no sea que te seduzcan. Tú, que eras el gozo y la corona de tu padre, la esperanza y la delicia de todo el reino, ¿cómo te has convertido en amargura? Deja ya de ser Absalón, para que puedas ser Salomón. Piensa quién te ha ensalzado tanto, quién te ha asegurado la fidelidad de todos los príncipes de este reino con la fe de los juramentos. ¿Por qué lo hizo? ¿Acaso para que resultaras ingrato? ¿Acaso para que aprendieras a ser traidor? En verdad están locos los que así quieren engañarte. Teme los sollozos cotidianos de tu padre, espántate

de sus frecuentes gemidos, estremécete ante sus lágrimas. Llevaría menos mal que los enemigos le arrebataran el reino entero que perderte a ti, para quien guarda el reino. Tu corazón inocente ha sido seducido, ¡ay!, por halagos venenosos; el seno del amor paterno está abierto, y en él no hay engaño. El piadoso padre se duele del hijo que le ha arrebatado la impiedad de los corruptores; se alegrará con su vuelta. Si está algo airado con tus seductores, pronto se aplacará cuando te haya recobrado, a ti, su delicia, y juzgará que esto se hizo no por maldad, sino por error, cuando sienta que le has sido devuelto, tú, a quien ha amado aún más que a sí mismo».

19

Estas y otras cosas semejantes decía largamente el señor Brunón, varón bueno y diestro en el hablar, muy solícito por la salvación de aquel hermosísimo joven. Pero él, como si una Erinia hubiera aguijoneado su mente hacia el crimen comenzado, no consintió en modo alguno que el oído de su corazón se acercara a tales avisos; apenas se acercó a ellos con el oído exterior, para no parecer demasiado insolente. Pues juzgó más honroso parecer inocente de la desdicha de esta discordia que serlo. Movía su ánimo juvenil la angustia y el miedo de sus elegantísimos compañeros, que, si no hubieran estado infectos de la ponzoña de aquella impía conjuración, habrían podido ser ornato y deleite aun para la dignidad imperial. Entonces sí que convendría a un vástago suyo tan deseable, tan valeroso, tan eminente,

verse rodeado de esa tropa y gloriarse de esa escogida excelencia de jóvenes. Por encima de todo había en su ánimo, como un aguijón, Conrado, poco antes duque valentísimo y entonces salteador audacísimo, y la gloria de las riquezas y del reino, ya conquistada según se jactaban, pero en realidad trabajo estéril en lugar de tranquilidad, inquietud siempre angustiosa en lugar de seguridad. Pues lograron por todos los medios que aquel que tenía, por así decir, todo en sus manos, afanándose por tener más, se quedara sin nada. Entretanto, sin embargo, combatían por todos los medios, con engaños no menos que con fuerzas, no descansaban ni de día ni de noche, sembraban sospechas entre sus adversarios, no dejaban nada por intentar ni reparaban en nada, con tal de apoderarse, con cualquier artificio, de las mayores ciudades del reino, y de las más opulentas, pensando que desde allí dominarían fácilmente todos los confines del reino. Y para que nada en absoluto se hiciera sin fraude, trataron en secreto con Arnulfo, varón sumamente esforzado, a quien por aquel tiempo se había confiado el gobierno supremo en la tierra de los bávaros, con promesas infinitas, recordándole además un viejo odio, para que, perjuro, sustrajera al duque Enrique primero su propia persona, luego una ilustre ciudad y por último todo aquel reino. Tanta fuerza se arrogaron entre ellos la envidia y el odio. Al mismo tiempo incitaban a los húngaros, antigua peste de la patria, a invadir un reino dividido contra sí mismo, pensando que

de este modo la inquietud que los oprimía podría desaparecer del todo o, al menos, aliviarse algo.

20

Conmovido por esto, como cosa tan súbita e imprevista, y doliéndose más de la desgracia de ellos que de su propio daño, el emperador levantó el asedio de Maguncia, recibido por fin el pacto que pedía; dispuso partir con presteza del campamento hacia oriente, con aquellos a quienes tenía por fieles, para atender a aquellas regiones, y envió a su hermano Brunón a occidente, en tiempo tan peligroso, como tutor y proveedor y, por así decirlo, archiduque, dándole estos encargos: «No puede decirse, hermano amadísimo, cuánto me deleita que siempre hayamos sentido una y la misma cosa, y que nunca nuestros deseos hayan discrepado en asunto alguno; y esto es lo que más me consuela en mis amarguras, cuando veo que por la gracia de Dios omnipotente se ha sumado a nuestro imperio un sacerdocio real (1 Pe 2,9). Pues en ti tienen vigor la religión sacerdotal y la fortaleza regia, de modo que sabes dar a cada uno lo suyo, que es propio de la justicia, y puedes resistir al terror o al fraude de los adversarios, que es propio de la fortaleza y de la justicia. Y hace tiempo que he advertido que no te falta la madre misma de las artes liberales y verdadera virtud, la filosofía, que te ha educado en esta modestia y grandeza de ánimo. Sé, pues, hermano mío, sé que nadie persuadirá a tu prudencia de que no te importa cuánto se glorían los perversos de la ruina de los buenos, con cualquier honestidad

de palabras que velen su intención. Dirán tal vez que estas cosas deben apaciguarse con guerras, que no te atañen ni convienen a la dignidad de tu ministerio. Con semejante jactancia engañosa de palabras, el obispo de esta metrópoli —ya ves a cuántos ha seducido, a cuántos ha arrastrado al furor de la ruina civil; si hubiera querido apartarse de la discordia, como finge, y del peligro de las guerras, para vivir en un ocio religioso, mejor habría hecho, sin duda, en devolvernos a nosotros y a nuestra república lo que le concedimos con real munificencia, antes que a los enemigos. Enemigos digo, como sienten casi todos: nefandos salteadores de los ciudadanos, traidores a la patria, devastadores del reino, desertores de la milicia, que con sacrílega audacia querrían verme muerto, creo que por sus propias manos, o perecer con cualquier género de muerte, por cruelísimo que fuera; que me han quitado al hijo y al hermano, y se empeñan en privarme del reino, de los hijos, de mi dulce esposa misma y, en fin, de la vida. Solo tú eres, al fin, mi sólido, fiel y firme consuelo, tú que desde la primera edad has aprovechado tanto en las buenas artes que hacer el bien y mirarlo todo con suma diligencia se te ha vuelto ya, por costumbre, naturaleza. Si, estando tú a salvo, puedo gozar de ti con alegría y por entero, como mi mente siempre reclama, mi deseo pide y mi alma implora, entonces tendremos dignidad, entonces gloria, entonces honra. Defensa tenemos de sobra; pero que no nos faltemos a nosotros mismos, de eso sí hay que cuidar sobre todo. Tú me eres testigo, tú, digo, de con

cuánto cuidado y cuánta benevolencia favorecía, protegía y abrazaba a estos a quienes ahora sufro tan crueles, y a quienes, con todo, curaría todavía de muy buena gana si ellos quisieran tener piedad de sí mismos. ¡Ah, con cuánta temeridad se apresuran de cabeza a perecer, y arrastran consigo a toda clase de crímenes a mi hijo, educado en la inocencia! Tan difícil es moderar en el poder a quienes por ambición prefieren no ser honrados, sino parecerlo. Sabes, amadísimo —y lo recuerdo con dolor—, que con frecuencia me han sido más duros e infieles aquellos a quienes más favorecí, a quienes amé como los más unidos a mí por muchos vínculos, a quienes, en fin, tuve por los más allegados. Duro fue soportarlo, una doble desdicha. Pero lo que me apremia pesa más que los males anteriores: que aquel a quien engendré, arrebatado de mi lado, ha aprendido a tender asechanzas al amor paterno. Esfuérzate, pues, varón consagrado a Dios, no como al principio, sino ahora más que nunca; esfuérzate, te lo ruego, con ese consejo tuyo en que eres tan diestro, para que, según el lugar y el tiempo, o los disuadas de las armas o los contengas de cualquier modo. Ausente de ti en el cuerpo, dondequiera que esté, pueda yo alegrarme por ti y felicitarte por tu previsión y tu moderación. Me place tener por mío lo que tú hagas; y plázcate igualmente a ti lo que yo haga. Deseo y anhelo colmadamente que esta sea la suma de nuestros deseos y de nuestro gozo: procurar el uno para el otro el bien, no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres, y, si es posible, tener paz con todos (2

Cor 8,21; Rom 12,18)». Después, tras abrazarse y besarse, separándose no sin lágrimas, el emperador se dirigió a oriente y su hermano a occidente.

21

Y enseguida se dirigió con presteza al palacio de Aquisgrán. Allí se reunió con los príncipes del reino a quienes concernía el asunto, los instruyó de muchas y variadas maneras y trató con ellos sobre todo de que no creyeran a los seductores ni a sus vanas promesas, de que no temieran las amenazas, de que no antepusieran ningún ofrecimiento a la majestad real y a su propia fidelidad; y les prometió que estaría siempre dispuesto, antes de tiempo y a su tiempo, a restablecer la paz violada de la Iglesia, si fuera necesario aun con peligro de su vida. Hecho esto, llegó gozoso a Colonia; se esperaba el tiempo de la ordenación y la saludable alegría de la unción. Hecho esto, se renovó el gozo del pueblo, y a la vista de todos los que se habían reunido resplandeció, adornado con la estola de la alegría, el sacerdote del Señor Salvador. Después el nardo precioso exhaló su fragancia (Cant 1,12); en medio de la asamblea abrió su boca (Eclo 15,5). Según lo prescrito por la Ley, se oía el sonido del que entra en la casa del Señor Dios; se hizo ejemplo y enseñanza, para su salvación, de todos los que le obedecían. Lo que hizo, cómo enseñó, de qué modo se entregó por la paz de las iglesias de Dios, es admirable de hecho y difícil de decir. Pues sus obras cotidianas aventajaban de tal modo los timbres de sus predecesores que todo lo que había hecho en ampliar

o restaurar iglesias, en trasladar a su diócesis reliquias y cuerpos de santos, en levantar edificios privados o públicos, en ordenar las casas, la familia y los bienes de la santa Iglesia de Dios, parecía casi incomparable con las obras de los demás. Pues así como entendió más que todos sus maestros (Sal 119,99), así dirigió la penetración de su corazón, la agudeza de su ingenio y el vigor de su ánimo a mayores obras de sabiduría y de virtud. En primer lugar, acerca de la religión y del culto de Dios, que los griegos llaman theosebia, según la sabiduría que le había sido dada y siguiendo la autoridad canónica y apostólica, dispuso que la multitud que había en las diversas congregaciones pertenecientes a su honorable sede tuviera un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32); que la superfluidad en el vestir, la desigualdad de costumbres y todo lo que de este modo pareciera afeminado e indecoroso en su iglesia se cortara con suma diligencia mediante una verdadera y espiritual circuncisión, que es el principio de la sabiduría; y que todos aquellos a quienes concernía vivieran con la mayor atención entregados a los ministerios divinos según la regla que se les había fijado, y no estimaran en modo alguno otra causa de su salvación.

22

Estas y otras cosas semejantes trataba con frecuencia con los venerables padres y los ancianos de su clero, y los exhortaba con solicitud a velar con él en la custodia del rebaño del Señor; y como, por culpa de los tiempos, se veía obligado a tra-

tarlas con ellos más raramente de lo que quería, ardía de solicitud tanto ausente como presente, fervoroso de espíritu, sirviendo al Señor (Rom 12,11). Por fuera, luchas; por dentro, temores (2 Cor 7,5). Luchaba contra la rabia de los lobos deseosos de devastar la Iglesia de Dios; temía por la sencillez de las ovejas del Señor, como el Apóstol: Temo, dice, que, así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, se corrompan vuestras mentes apartándose de la sencillez que hay en Cristo Jesús (2 Cor 11,3). Así, con el pecho ejercitado, era robustísimo contra toda adversidad, y en la prosperidad un ánimo así apenas vacilaba; y de igual modo, con frecuentes ejercicios, enseñaba a todos sus súbditos a ser solícitos en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz (Ef 4,3). Con aquella singular agilidad de su mente pareció haber superado casi aquel dicho general de que la mente, cuando se divide en muchas cosas, se hace menor para cada una. Así pues, a instancias de la autoridad imperial, asumió, como ya se ha dicho, el despacho de los asuntos del reino entre los lotaringios. Y aunque repartía a cada uno de los príncipes y magistrados su propia carga y encomendaba a cada cual la tarea que le convenía, no había nada de lo que no se ocupara él mismo, previendo con la mayor viveza de consejo lo que convenía a todos.

23

Quizá alguno, ignorante de la disposición divina, objeta por qué un obispo se ocupó de los asuntos del pueblo y de los peligros de la guerra,

cuando solo había recibido el cuidado de las almas. A estos les responde fácilmente la cosa misma, si tienen algo de juicio sano, cuando ven el bien tan grande y tan desacostumbrado de la paz, sobre todo en aquellas regiones, propagado a lo largo y a lo ancho por este tutor y doctor del pueblo fiel, para que no sigan tropezando en esto como en tinieblas, donde no hay presencia de luz. Ni fue nuevo este gobierno del mundo, ni antes desacostumbrado entre los rectores de la santa Iglesia de Dios; si alguien los busca, tiene a mano ejemplos de ello. Pero nosotros, apresurándonos hacia otras cosas, dejamos al propio juicio de cada uno lo que diga de este piadoso varón, sabiendo que no está en su sano juicio quien intenta oscurecer un bien evidentísimo con el oprobio de alguna maledicencia. Porque todo lo que hizo fue honroso y útil para nuestra república. Y no puso a sus obras el fin de que volaran por las bocas de los hombres a la caza del favor, sino que vivió de tal modo, y de tal modo templó sus obras delante de los hombres, que fue horror de los peores y honra de los buenos. Con esto se hizo patente a todos que en el episcopado deseó una buena obra (1 Tim 3,1), en la que ni siquiera sus envidiosos y émulos pudieron reprenderle fácilmente, salvo que esto mismo, el desagradar a tales hombres, redundaba más bien en su alabanza. Ocupado, pues, en esta admirable tarea, el vigilante obrero del supremo Padre de familia y sumo prelado, llevando en las manos una lámpara ardiente, es decir, el modelo de la buena obra, condujo a unos

de buen grado y arrastró a otros contra su voluntad a las cosas de Dios.

24

Pero entretanto la antigua peste del género humano no cesó de esparcir a lo largo y a lo ancho el veneno de su envidia sobre las obras del piadoso doctor, que germinaban ya con buena esperanza. Pues, cuando el pueblo del reino lotaringio, apenas inducido por fin por las múltiples exhortaciones de este gran varón, empezaba a probar los halagos de la paz, tan desacostumbrados para él, y en su mayor parte se negaba a dar su asentimiento, para su propia perdición, a quienes solo en la discordia civil se prometían alguna seguridad, la fiera nación de los húngaros, barbarie como nunca la sintió nuestra tierra, atraída por ciudadanos perversos, atravesó la mayor parte de las provincias de Germania y se derramó entera sobre la Galia, donde desde antiguo se asentó el noble pueblo de los francos, para devastarlo todo a hierro y fuego. En esta hueste militó con sus secuaces Conrado, que antes había sido un duque eminente; no se sabe si para saciar con esta fea crueldad el odio que había concebido contra el varón de Dios Brunón, sin duda mansísimo con los buenos, o para socorrer a quienes pudiera en tan gran peligro; pero la primera opinión fue la que más se difundió. Pues ya antes, como le habían fallado las fuerzas, había intentado contra él con fraude toda clase de durezas: se apoderó con engaño de Metz, ciudad opulentísima, se hizo sospechoso a la misma Colonia y a las demás for-

talezas del reino, lanzaba oprobios y derramaba amenazas. Y después permaneció algún tiempo en la misma ferocidad en que estaba desde hacía mucho. No dejó nada por intentar con que pensara poder deshacer el pacto sellado en nuestro pueblo por la sabiduría de su guía. Era, en efecto, un hombre que poco antes gozaba de sumo poder y suma fortuna, pero que no sabía cómo convenía usar de la prosperidad. Y como la perdió después de haber abusado de ella, se ensañó sin medida y sin freno contra los buenos; pero, por disposición de Dios, siempre fue rechazado en sus nefandos intentos de tal modo que se arrepintió no poco de haber emprendido con tanta ligereza un crimen tan grande.

25

Pero el Señor, compasivo y misericordioso, perdonó en todo a su sacerdote y piadoso proveedor de su pueblo, y lo ordenó todo de tal modo que con frecuencia los mayores peligros se calmaban sin guerra y sin pérdida de vidas humanas. En medio de todo ello, él mismo, impertérrito, leía a menudo recogido en sí mismo, o disputaba sobre las cuestiones más altas como si ignorara las preocupaciones que le apremiaban. Lo supieron las gentes y los pueblos en Tréveris, lo supieron en Alsacia: con cuánta constancia y seguridad de ánimo refutó los movimientos inconstantes y temerarios de sus adversarios, cuando mostraba que quienes se jactaban de ser valentísimos en lo ajeno eran tan débiles en lo propio. Y en verdad, a quienes ninguna batalla, ninguna aspereza había

doblegado jamás, la bondad de este varón los volvía pacíficos y tímidos. Pues era temible por su consejo y por la muchedumbre de hombres buenos que le rodeaban, no por su crueldad, y porque ninguno de sus enemigos velaba con tanto ahínco para la ruina como él para la salvación. La fama y el juicio de la multitud le movían muy poco; se guiaba por su propio juicio, y en lo que aprobó rectamente quiso agradar no a sí mismo, sino a Dios. Así, para abarcar mucho en pocas palabras y omitir más, por dentro y por fuera, en casa y en campaña, el infatigable combatiente del Señor luchó, con fuerzas del ánimo más que del cuerpo, tanto tiempo y tantas veces aun con peligro de su vida contra los pestilentes e inquietos, que también la fama de su nombre, hasta donde llegaba, calmaba guerras, formaba la paz, afianzaba el estudio de todas las buenas artes y acrecentaba la gracia de la santa religión y de la quietud saludable.

26

Así pues, como este humilde amante de Cristo y ardiente codiciador de los carismas mejores (1 Cor 12,31), Brunón, siervo del Señor, debía, conforme a la dignidad de su sede, ser distinguido también con el privilegio de la bendición de la sede romana y apostólica, y unirse a los que guardan la sana doctrina transmitida por el bienaventurado apóstol Pedro en la integridad de la fe católica, en la verdadera confesión y en la inviolable verdad de la predicación, envió su carta sinodal a Roma, al papa Agapito, de

admirable santidad, por medio de Hadamaro, venerable abad del monasterio de Fulda; en ella dio a conocer de qué espíritu era y que, pastor elegido por las ovejas, había sido enviado por el Señor. Y allí fue llamado concorde y conciudadano de los apóstoles, príncipe y propagador de los preceptos del Señor. El legado, volviendo de allí con gran presteza de ánimo, trajo entonces al piadoso pastor —a quien por la gracia de Dios se le había concedido ya, según el profeta, el óleo de alegría en lugar de luto— el manto de alabanza en lugar del espíritu abatido (Is 61,3). Pues el Espíritu de Dios inspiró divinamente a este hombre sensato, atento más a la magnífica virtud de este signo sagrado que a lo que visiblemente se hacía, que elevara su corazón a la esperanza por el gozo espiritual y no se entristeciera por el trabajo que sentía inminente. Porque el corazón que conoce la amargura de su alma, en su alegría no se mezclará el extraño (Prov 14,10). Estas son palabras de la Sabiduría.

27

Así pues, el legado, como empezamos a decir, volviendo de Roma, se apresuró a llevar la buena noticia a Colonia, trayendo el sagrado ornamento enviado por el pontífice universal, que significa el yugo suave del Señor y su carga ligera (Mt 11,30), y el humilde ministerio que bajo él se ejerce, como lo atestiguan las palabras del Señor, que dice: El mayor de vosotros será vuestro servidor (Mt 23,11); y trayendo a la vez reliquias del cuerpo mismo de san Pantaleón mártir y un privilegio

otorgado con la autoridad de la majestad apostólica, por el que se permitía al sacerdote del Señor, contra la costumbre, revestirse de ese mismo palio cuantas veces quisiera; se le concedió todo lo que pedía, y él mismo, por la grandeza de su virtud y sabiduría, fue admitido a participar en la obra del papa y casi a sentarse junto a tan alta dignidad. La ciudad, gozosa, se apresuró a salirle al encuentro; acudió de todas partes una multitud jubilosa; se reunieron en el arrabal, junto a un antiguo lugar donde había una iglesia del mismo precioso mártir, todavía descuidada y casi en ruinas. Allí se depositaron las gratas cargas, y luego cada una se colocó en su lugar.

28

Me invita a detenerme aquí un poco aquel festivo recibimiento en el mismo lugar, que poco después, ¡ay dolor!, se volvió fúnebre. Allí fue recibido este venerable ornamento la primera vez, allí la última: una vez con canto alegre, otra con canto lúgubre. Pues el cuerpo del religioso sacerdote, digno de Dios, que había de ser sepultado allí, no perdió las insignias de su oficio, las cuales, sin embargo, según creemos, el alma se llevó consigo espiritualmente y, por tanto, felizmente. Así se dispuso por el arcano consejo de Dios omnipotente que el mismo lugar, para dar a conocer los méritos de su santo mártir, quedara ilustrado en esta primera ocasión y llegara a ser aquel que este varón del Señor, pacífico y admirablemente humilde, escogería con preferencia para aguardar sin vida, bajo el patrocinio del mismo piadoso

mártir, el día del tremendo juicio y la gloria de la resurrección futura. No mucho después estableció allí mismo, por ser un lugar más apartado y más alejado de la molestia del bullicio urbano, a unos hermanos que sirvieran al Señor bajo la regla de la disciplina monástica, vigilantes y solícitos en la alabanza divina, y les puso por abad a uno llamado Cristián, guía en su profesión y, como convenía a esta orden, muy instruido en la ley del Señor. Una vez ordenado, le escribió desde las regiones de occidente esta breve exhortación: «Procura ser lo que te llamas; no desmerezcas de tu linaje. Haz tu serio triunfo de que no envejezca, como antes, sino esfuérzate en que vaya de virtud en virtud (Sal 84,8)».

29

Nunca estuvo tan absorbido por la ocupación de los asuntos civiles, a la que no le atrajo su gusto, sino la necesidad del pueblo, que no tuviera vigor aquel ánimo suyo, tan vivo para todo, atento sobre todo a la religión y a la lectura, en cuyo estudio parecía morir. Con su ejemplo y con frecuentes avisos encendía en ello a casi todos los que tenía a la vista. Pero se dolía vivamente de los que no lo amaban así, y, aunque en otras cosas fueran sus familiares, los apartaba del lugar secreto y amigo de su pesar, donde solía abrirse a sí mismo con más libertad y, por eso, con más diligencia. El pecho de este hombre sensato estaba hastiado del lujo regio y de los halagos de las bromas y placeres habituales entre los poderosos, sobre todo en este tiempo. Por eso, si alguna vez,

obligado en cierto modo por los suyos, concedió lo que no debía, borraba ese pequeño exceso las más de las veces con un llanto más abundante. Temió la vida presente cuando era dulce y la experimentó amarga. Y no hay duda de que en la vida que no conoce inquietud ni languidez pensó ante todo y muchísimo quien disertó sobre ella tantas veces y con tanta brillantez, ya con sus familiares, ya ante el pueblo a él confiado.

30

Joven como era y rodeado de toda pompa, deseaba, me atrevo a decirlo, ser desatado, con tal de estar con Cristo (Flp 1,23). De ahí las lágrimas asiduas, los suspiros casi continuos, las oraciones furtivas y los sollozos que resonaban con bastante claridad aun en el mismo lecho, como atestiguan aquellos a quienes menos podía ocultarlo, aun cuando quería pasar inadvertido. ¡Cuántas veces puso el día de la muerte ante los ojos de su corazón! ¡Cuántas veces prorrumpió también de viva voz en lo que había meditado en su corazón! ¡Cuántas veces le oímos desear con vehemente gemido lo que esperaba que sucedería, aunque no sin grave temor: escapar, seguro en la sola misericordia de Dios, del agitado naufragio de este mundo y detenerse por fin en la orilla de la seguridad más íntima! Parecía en cierto modo siempre a punto de escabullirse, para huir como de la muerte de todo lo que le halagaba en los deleites de este mundo. Sobreviven muchísimos testigos de su vida; cuantas veces lo habían visto en lo secreto con el corazón contrito y el espíritu

humillado, podían admirarlo más que imitarlo. Pues aquel hombre popular vivió las más de las veces como un solitario; cosa admirable de decir, entre los comensales más alegres, él, más alegre aún, se abstenía a menudo. Las ropas suaves y delicadas en las que se había criado y había llegado a hombre las rehusó muchas veces aun en las casas de los reyes; entre sus servidores vestidos de púrpura y sus caballeros resplandecientes de oro, él vestía una túnica vil y rústicas pieles de oveja. Despreció vivamente las delicias del lecho. En los baños, entre los que se lavaban y buscaban el lustre de la piel, apenas se lavó alguna vez, lo cual es tanto más admirable cuanto que desde la misma cuna había sido educado en tales refinamientos y en la pompa regia. Esto lo hacía, según el tiempo y el lugar, unas veces en público y otras más en secreto, para huir de la alabanza humana y, sin embargo, dar con ello ejemplo a sus súbditos. Porque muchos aprovechan con palabras, pero los más aprovechan más con ejemplos. Con los mansos y humildes nadie fue más humilde; contra los malvados y soberbios nadie más vehemente. A él, a quien ningún favor podía obligar, lo temieron como un terror tanto el natural como el extranjero; y, por un orden recto y convenientísimo, todo aquel a quien llegaba la fama de su grandeza solía primero temerle y después amarle.

31

Reunió de todas partes cuerpos y reliquias de santos y cualesquiera memorias, para acumular

patronos para los suyos y propagar con esta celebridad la gloria del Señor entre muchos pueblos, de aquende y de allende. Para ellas preparó lugares y servicios con todo gasto y aparato abundantísimo, de cada uno de los cuales habría que decir mucho, si lo permitiera la brevedad prometida. Son estos indicios de una fe invicta, con la que no buscó lo suyo, sino lo que es de Jesucristo (Flp 2,21). Todos saben con qué diligencia, con qué fervor, con qué gozo trajo a Colonia el báculo y la cadena de san Pedro, aquel desde Metz, esta desde Roma. En su honor amplió admirablemente su honradísima casa, que de hermosa hizo hermosísima. A los ínclitos mártires de preclara fama Patroclo, Elifio, Privato y Gregorio, cuyos hechos son magníficos, gloriosos sus méritos, seguro su patrocinio, y las preciosas reliquias de Cristóbal y, como ya se dijo, de san Pantaleón, a cuyo patrocinio se encomendó de manera especial, los atrajo con admirable empeño desde diversos lugares a la santísima sede de su iglesia, como gemas gratísimas y dulcísimas prendas. Lo que se hizo, por disposición de este piadoso proveedor, en la traslación del bienaventurado Evergislo, tercer arzobispo de la misma sede, es conocido de muchísimos: depositado en la iglesia de la bienaventurada virgen Cecilia con himnos y celebración de la alabanza divina, el pueblo devoto lo venera y honra de tal modo que lo creerías presente, correspondiendo con abundantes beneficios a los obsequios cotidianos.

32

Los demás deleites y dones de salvación que en tan breve tiempo otorgó a los hijos de su iglesia no pueden pesarse ni estimarse; los reunió de casi todas las regiones y confines del mundo con religioso afecto e intención, como adivinando lo que había de suceder, para asegurar, en atención a la brevedad de sus días, dones perennes al rebaño que se le había confiado. Con todo, procuró con el mayor empeño que se acrecentara tanto la añoranza de aquellos de donde se sacaron como el gozo de aquellos adonde se llevaron, de modo que unos y otros, movidos por el buen olor de Cristo, que está en los mártires, más aún, que son ellos mismos, aunque con distintos afectos, aquellos buscaran con más viveza lo que descuidaban, y estos veneraran perpetuamente lo que se alegraban de que hubiera sido trasladado a ellos. Porque quien no sabe amar el bien que tiene, si se le quita, aprende quizá a amar el bien del que carece, y lo tendrá, mientras falte, más fructuosamente en la memoria que lo tuvo inútilmente en su presencia. Así se cumplió aquella sentencia del Evangelio que dice: A todo el que tiene se le dará y le sobrará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (Mt 25,29).

33

Entretanto, en muchos lugares, por las parroquias de su diócesis, este fiel y prudente siervo del Señor levantó a porfía iglesias, monasterios y otros edificios aptos para el servicio del Señor su Dios y para honra de sus santos: unos los erigió desde los cimientos, otros ya fundados los

acrecentó noblemente, otros arruinados tiempo atrás los reparó. En cada uno de ellos dispuso, con el previsor arte de su ingenio, quienes sirvieran a Dios omnipotente bajo la regla de la vida canónica, y, para que nada les faltara conforme a su modo de vida, proveyó a ello con liberales disposiciones. Los monumentos de esta obra y de su saludabilísimo empeño, más duraderos que el bronce, perduran firmes en los lugares donde se hicieron, de modo que, para alabanza y gloria de Jesucristo, no consentirán jamás que edad alguna oscurezca la memoria de tan gran varón. Lo mismo lo transmitió a las naciones extranjeras y lo difundió por el reino confiado a su providencia, en parte con el ejemplo, en parte con su propia obra, en parte por medio de personas de diversa condición y con frecuentes exhortaciones. Pues no consintió que ninguno de los suyos se ocupara en vano o se entorpeciera en un ocio inerte, sentenciando, como solía decir, que hay que apartar de los pesebres al rebaño perezoso, y, según el Apóstol, que el que no trabaja, que no coma (2 Tes 3,10). No pueden escribirse uno por uno todos los bienes que hizo, que enseñó, que amó. Siempre sobrará tanta materia a quienes lo intenten, que sin duda se detendrán cansados antes de haber cumplido lo que emprenden. Y en cuanto a lo que fue, y cuán grande, en la predicación de la palabra de Dios y en la sutileza de sus disputas sobre la pureza de las Escrituras, podemos admirarlo, pero no definirlo; derramó con tanta abundancia las palabras sanas de nuestro Señor Jesucristo y la doctrina que es conforme a la piedad (1 Tim

6,3), que nadie que lo oyera y lo entendiera rectamente habría dudado de que estaba lleno de la sabiduría de Dios, por la que todo fue hecho. Y para que este sagaz escrutador de las cosas de Jesucristo no dejara sin intentar nada que conviniera al uso del culto divino, si encontraba a algunos, dentro de los cercados de sus apriscos o fuera de ellos, que buscaran la vida solitaria para luchar contra el diablo en combate singular, los recibía con toda veneración y, fortalecidos también con el consuelo caritativo de su exhortación, los encerraba en diversas celdas de monasterios e iglesias, con el debido testimonio de la Iglesia y con el oficio religioso que convenía, en unos lugares de uno en uno, en otros de dos en dos; sin embargo, no tenían acceso unos a otros, salvo solo por la palabra y por la vista. A estos les proporcionaba con solicitud, por medio de los más fieles vicarios de su administración, el sustento y cuanto parecía necesario a la fragilidad humana, y sobre todo en las fiestas de los apóstoles, cuantas ocurrían en el año, los visitaba uno por uno con dones adecuados. Así, según la clara norma de la doctrina apostólica, procuró hacer el bien, no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres (2 Cor 8,21), de modo que hombres de cualquier inclinación o condición, si buscaban a Dios, pudieran ser probados o instruidos entre sus discípulos.

34

Acerca de las siervas de Dios que se habían consagrado a la religión divina en el monasterio

de Santa María, y de los canónigos trasladados a la iglesia de San Andrés apóstol, y de otras cosas semejantes, dejó, ciertamente, no pequeño escrúpulo, pero solo a aquellos cuya agudeza de mente no alcanza a penetrar con perspicacia su sincera intención en sus diversas obras. Si advirtieran que Dios no elige a los hombres por el lugar, sino el lugar por los hombres, y que la obediencia agrada a Dios más que el sacrificio, sabrían quizá que las ovejas deben oír la voz del pastor, y que será más grato y aceptable a Dios lo que siguen por obediencia que lo que siguen por propia voluntad. Pues donde hay celos y rivalidad, dice el apóstol Santiago, allí hay inconstancia y toda clase de obras malas (Sant 3,16). De igual modo, al expulsar del reino, como a una peste de los buenos, y obligar al destierro a ciertos nefandos salteadores de la patria y de los ciudadanos, que no quisieron vivir en él tranquilos y pacíficos, sin duda miró por ellos, aunque ellos no lo supieran. Porque cuanto más dura el malvado, tanto más grave y prolongado castigo se procura. ¿Y cuándo descansarían los buenos, si nadie resistiera al furor de los malos? Sin duda Dios perdonó a aquellos a quienes, con su gran paciencia y bondad, concedió que oyeran ausentes, acerca de la paz y el estado de su patria, lo que presentes nunca habrían querido ver; dichosos, si al menos en el destierro conocieron su propio bien y desearon la patria de la que no podrían ser expulsados, donde son bienaventurados todos los que trabajan por la paz, porque han sido llamados hijos de Dios (Mt 5,9). Tal fue, pues, por

la gracia de Dios omnipotente, este varón, que ni el odio ni la envidia le movían de ningún modo a perseguir a los que eran así, ni dureza o crueldad alguna le retraían de compadecerse de los desdichados y perdonarlos; sino que, como pastor solícito y verdadero guía del pueblo de Dios, buscó en todo asunto la salvación y el provecho de todos, y luchó esforzadamente para que aquellos a quienes él había guiado y enseñado en el camino de Dios no fueran seducidos por los perversos y arrojados al error. Tan lejos estaba de la crueldad que con frecuencia lloraba amargamente aun por aquellos a quienes, según la calidad de sus hechos, tenía que imponer por necesidad algo amargo; así solía alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran (Rom 12,15). Porque también el que dijo esto mandó entregar a Satanás a cierto hombre para ruina de la carne, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor (1 Cor 5,5).

35

Así pues, cuando ya estaba cerca el día supremo y el tiempo ineludible en que Dios omnipotente, propicio a la tierra de su pueblo, vengando la sangre de sus siervos, había de dar el castigo a sus enemigos (Dt 32,43), la soberbia de la ferocísima nación de los húngaros se agravó sin medida y de modo del todo intolerable, engañada, creo, por el éxito del año anterior. Pues, como con toda verdad se ha dicho: Antes de la ruina se engríe el corazón; allí cayeron todos los que obran la iniquidad (Prov 16,18; Sal 36,13). Se adelantó a

esta inminente tribulación la paz de la Iglesia, pactada por entero en la asamblea real celebrada en Arnstadt y confirmada ya en gran parte por la sabiduría de nuestro emperador y de sus hermanos. Y en verdad se hizo manifiesto a las tribus y a las lenguas que Dios no es Dios de discordia, sino de paz (1 Cor 14,33), tan grande fue la salvación que obró para su pueblo desde el comienzo de ella. El espíritu del emperador se agitaba, ciertamente, dentro de él, porque no tenía tiempo de reunir un ejército; pero tenía confianza por Cristo en Dios, que puede salvar con pocos lo mismo que con muchos (1 Sam 14,6). Estaba allí Conrado, ya no duque, sino simple caballero, convertido de todo corazón, según se creía, a la paz que poco antes combatía con saña, domando sus miembros con el cilicio y suplicando a Dios con gemidos, según se cuenta, que, si tal era su santa voluntad, concediera la victoria a nuestro rey y a su ejército y permitiera que él fuera muerto por los impíos a quienes antes se había unido para mal, para poder quedar libre para siempre de su compañía. El emperador ordenó que se proclamara un ayuno en ese mismo día, que era entonces la vigilia de san Lorenzo mártir, por cuya intercesión pidió que Dios mismo fuera refugio para él y para su pueblo. El propósito de la obra emprendida no me permite referir la batalla, comenzada al primer amanecer de la santa festividad y concluida con harta felicidad apenas al crepúsculo de la tarde, disponiéndolo Dios misericordiosamente y combatiendo por los suyos; la muerte de Conrado tras la victoria, digna de compasión; el gloriosísimo

triunfo del emperador; el rey mismo de los bárbaros, sus duques y príncipes, cautivos; los trofeos, numerosísimos, por toda la extensión de su reino hasta los confines de aquella nación: todo lo cual espera el esmero de una obra propia, para alabanza y gloria de Dios omnipotente.

36

Para volver a nuestro propósito, del que nos hemos desviado un poco, digamos qué hizo entretanto el piadoso arzobispo Brunón, que siempre aborreció toda maldad y fue infatigable ejecutor de la justicia. Como viera que no podía acudir el día fijado con tropas auxiliares al encuentro de su señor y hermano, el gran emperador, y temiera al mismo tiempo que los bárbaros, rehuyendo la batalla, se desviaran hacia la Galia, provincia confiada a su jurisdicción, juzgando que de este modo miraba por el reino y servía mejor a los deseos del emperador, se reunió con Liudolfo, vástago real y sobrino suyo, calmó su ánimo enfermo con halagos más dulces que la miel y le prometió su antigua posición, si quería atender con más cuidado a lo que le correspondía. Cuando sintió que los antídotos medicinales de sus palabras y exhortaciones no eran ya, como antes, esquivados con rodeos tortuosos, sino gustados con más avidez de lo acostumbrado y recibidos en lo íntimo del pecho, lo invitó enseguida, con bastante alegría, a un lugar venerable de su diócesis, a saber, Bonn, lo recibió con más alegría aún y, sin olvidar la dignidad real, lo agasajó con todo placer digno de ambos y conveniente,

y gratísimo a todos los presentes. Estando aún juntos, recibieron noticias de lo que se había hecho en la expedición guerrera, o más bien por el poder divino. El tío insistió en consolar aún más a su sobrino. En breve, por instigación de este consejero, sucedió que el emperador confió toda Italia a su hijo, que se había perdido y fue hallado (Lc 15,24), y, lo que fue más, le otorgó con toda firmeza su amor paterno. Allí, cuando más agradaba al pueblo y se abría camino hacia el Olimpo, de repente aquella flor intachable y firmísimo sostén del reino desapareció de en medio. Su padre, el emperador y siempre magnífico triunfador, recobrado el consuelo tras el duelo, unió con su hermano el antiguo vínculo con un nuevo trato y vino a Colonia; allí se deleitó no tanto con los regalos fraternos como con verse y hablarse mutuamente y con toda clase de gratísimo trato. Ni faltó allí una severa censura judicial contra los ciudadanos malvados y turbulentos del reino, y asimismo una afable liberalidad de piadoso señorío para con los buenos y mansos. Sobre el estado del reino y sobre la defensa y la ampliación de sus asuntos se deliberó en común con diligencia y energía, y con sumo consejo se dispuso que se procediera con la mayor cautela, sancionando unas cosas y cortando otras.

37

Entretanto, el piadoso pastor Brunón, defensor de la verdad y propagador del Evangelio, buscó con suma diligencia hombres activos y diligentes que defendieran la república, cada uno

en su puesto, con fidelidad y con fuerzas. Procuró con esmero que no les faltara ni consejo ni recursos. A cuantos príncipes, señores de las regiones y demás personas que intervenían en la ordenación del reino habían consentido con plena fidelidad, por sus saludabilísimas exhortaciones, en un pacto de utilidad común para todos los buenos, los tenía entre sus principales y familiares, y los reconciliaba sobre todo con el emperador, su hermano, sopesando lo que no sin razón dijo cierto sabio: «El bueno, si lo descuidas, se vuelve más perezoso, pero el malo, más perverso». A Enrique, arzobispo de Tréveris, varón de gran mérito y suma probidad, que sucedió a Roberto, magnífico prelado, muerto en Colonia durante una grave peste, cuando también el emperador estaba allí, y a Guillermo, archimandrita de preclara y gratísima excelencia, sobrino suyo, sucesor de Federico, obispo de Maguncia, ambos eminentes, ambos perfectamente instruidos en la ley del Señor, unidísimos al emperador, el uno por la sangre, el otro por la probidad, ambos por la familiaridad, también él los honraba ante todo con suma veneración. A estos varones, pues, tan ilustres, tan sabios ciertamente y religiosos e instruidos en todas las buenas artes, los llamaba con frecuencia a consejo, no fuera que él por sí solo, como son las cosas humanas, se desviara en algo del camino de la verdad; y los hemos visto con él no solo en la lectura, el consejo y la disputa, sino también en el campo de batalla, procurando el bien, no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres (2 Cor 8,21). Había, en efecto, en los con-

fines occidentales del reino lotaringio como una barbarie indómita, la de quienes parecían hijos de la Iglesia, envidiosa de la felicidad ajena y no menos de su propia salvación, que despreciaba los halagos de la exhortación paterna y apenas sentía el temor del poder. Si se les hubiera dejado a su arbitrio, se habrían mostrado perversos con los suyos y pésimos consigo mismos. Pero él usó ante todo de una previsora moderación de discreción, para que, según la calidad de los lugares y de los tiempos, al poner pastores por mandato de nuestro sapientísimo emperador, mirara por la paz y la tranquilidad del rebaño del Señor, prefiriendo, claro está, a los demás aquellos que de ningún modo ignoraban cuál es el oficio del pastor, cuál el vicio del asalariado, qué se asume en el ministerio, qué hay que hacer o esperar bajo la carga forzosa; a unos, para que, como cortinas de color jacinto, adornaran el interior de la casa del Señor; a otros, para que, como cubiertas de pelo de cabra, rechazaran por fuera la violencia de las tempestades.

38

Me place recordar cierto piadoso y loable hecho de este piadoso padre, que se sabe llevó a cabo en los comienzos mismos de su sacerdocio para despertar en los corazones de los oprimidos, en lugar del luto y del espíritu abatido, la esperanza de la salvación, aunque esto mismo, por falta de quienes juzgaran rectamente, quedó expuesto a la lengua calumniadora. Pues ¿qué no pervierte la envidia, la mayor de las locuras, al

parecer? Raterio, en efecto, ordenado obispo de Verona, que es una ciudad de Italia, había sido expulsado del honor de su propia sede por una leve sospecha, como es costumbre de aquella gente, y por el gran empeño de Brunón fue incardinado, según los estatutos de los cánones, en la cátedra vacante de Lieja. Por la abundante doctrina y la copiosa elocuencia con que parecía florecer entre los más sabios, se pensó que esto había de ser muy provechoso no solo para la iglesia que presidía, sino también para otras muchas de los alrededores. Al mismo tiempo, como en aquellas regiones, por celos y rivalidad, de donde suelen nacer la inconstancia y toda obra mala, incluso algunos sacerdotes del Señor, cosa nefanda de decir, confiando más de lo justo en el poder terreno, escandalizaban muy a menudo al pueblo inculto, el señor Brunón, tantas veces nombrado y que tantas veces habrá que nombrar, sobre quien pesaba ya el cuidado de gobernar todo el reino, juzgó, y era verdad, que este hombre, antes expulsado y desatendido, sería atraído con tan gran beneficio a aquel pacto de fidelidad y de verdad, de modo que nadie pudiera seducirlo; y creyó que solo así podría tapar la boca de los que hablaban con hostilidad, si en su obispo no se hallaba ocasión alguna de escándalo. Pero prevaleció, para su propia perdición, el bando siniestro; todo lo que se hizo por su salvación lo tenían por pestífero para ellos. ¿Para qué más? Se erró, se hizo violencia y no se cesó hasta saciar con su expulsión su crueldad y su maldad. Se perdió toda esperanza de su restitución, pues se formó una

gravísima conspiración que, al parecer, no podía calmarse si no se le apartaba también de allí por completo y se ponía en su lugar a Balderico, que descendía del linaje de los magnates de aquella tierra. A esta sentina confluyeron de todas partes innumerables tempestades; la nave de la Iglesia fluctuaba con los remeros en apuros; el mismo timonel no pudo resistir el ímpetu de la borrasca. Cedió, pues, cedió, para no ser vencido por el mal, sino vencer el mal con el bien (Rom 12,21); cedió a la voluntad de sus adversarios para degollarlos con su propia espada. Ellos se obligaron espontáneamente con la fe de los juramentos a que, si merecían recibir al obispo que pedían, defenderían en adelante con firmeza inquebrantable la autoridad de la Iglesia y el derecho imperial. Y para que no quedara en este asunto nada imperfecto que suscitara escrúpulo en los curiosos indagadores de los asuntos ajenos, logró, junto con el emperador, su hermano, que se devolviera al obispo Raterio, destituido ya dos veces, la antigua sede de la iglesia de Verona.

39

Son muchas otras cosas, casi infinitas, las que en breve tiempo realizó con la mayor energía en las cosas de Dios y para la salvación de todo el pueblo, no solo en el pueblo de los lotaringios, que había recibido entero para gobernarlo y que, como se ve al presente, de inculto y fiero lo hizo pacífico y manso, sino también en todo el reino del gloriosísimo emperador, su hermano. Pues tenía un cuidado del todo común con su señor y

hermano, y cada uno de los dos se gloriaba con razón del otro en el Señor. Además, a Lotario, hijo de su hermana, nacido de un antiguo linaje de reyes, cuando se veía duramente oprimido por sus primos, lo libró y ensalzó admirablemente, y no cesó hasta constituirlo rey en lugar de su padre y someter a su yugo a los hijos de Hugo, mayores y más poderosos que él, y a todos los príncipes de aquel reino, mirando así por todos, para que bajo el gobierno de un solo poder pudieran todos por igual estar seguros frente a los enemigos y en paz entre sí.

40

Amenaza a aquel reino, cosa que no debe callarse, un cruel azote, la nación de los normandos, que no tiene rival en el ejercicio del latrocinio pirático. De ellos era ya presa en gran parte un pueblo acostumbrado a la discordia y a la ruina civil. Lo que estos les habían dejado lo habían consumido entre sí en sediciones domésticas. Pero la previsora gestión de nuestro rector, que, como entendía que era hombre, no tuvo por ajeno a sí nada humano, logró, digo, que se refugiaran en él, como en el puerto más seguro, todos los que amaban la quietud y la paz. Mitigó incluso la inhumanidad y la ferocidad, por largo tiempo intolerable, de los mismos bárbaros. Pues por aquel mismo tiempo su rey Haroldo, con una gran multitud de su pueblo, sometiendo el cuello a Cristo, Rey de reyes, rechazó la vanidad de los ídolos.

41

Tenía el emperador un hijo todavía tierno, de índole delicadísima y de gracia intachable, rehén de la paz y gloria del pueblo. El emperador, a punto de partir hacia Roma para ordenar los asuntos de toda Italia, lo había dejado encomendado a los arzobispos, su tío y su hermano, para la custodia del reino de este lado de los Alpes. Él mismo, que había de ser César, lo hizo constituir rey, elegido con sumo consenso por todo el pueblo, y el arzobispo Brunón, Guillermo y Enrique y los demás sacerdotes del Señor ungieron rey a Otón, homónimo de su padre, en el palacio de Aquisgrán, y el pueblo exultó con grandísimo júbilo, diciendo: «¡Viva el rey para siempre!». Después se separaron uno de otro los hermanos, pareja siempre invicta, y, mientras el emperador atravesaba los Alpes Peninos, se quedó de este lado, admirado y añorado en ambas partes con increíble amor, el piadoso pastor y arzobispo Brunón. No mucho después, como a él no le era posible ir en persona, envió a su señor y hermano tropas auxiliares del pueblo de los lotaringios, y no de armadura ligera. Las mandaba el duque Godofredo, a quien él mismo había criado, varón sabio y religioso, amantísimo de la paz, observantísimo de la equidad, que por aquel tiempo servía al emperador a su gusto y agradaba a todos. Por aquel mismo tiempo, atacado por la fiebre, expiró con gran esperanza del descanso futuro. Seguro en cierto modo de su inocencia, como testigo y conocedor de su vida, el piadoso padre Brunón, cuando se trataba de distribuir dinero por el remedio de su alma, aseguró que no tenía gran necesidad de

tales cosas. Además, su hermano aguardó solícito noche y día el regreso del emperador y le salió gozoso al encuentro cuando volvía con toda gloria —pues eran eminentes su virtud, su dignidad y, en el asunto que había llevado a cabo, su fidelidad y su templanza—, y estimó que con él habían vuelto la esperanza del sosiego y la tranquilidad de los ánimos, los tribunales, las leyes y, con la concordia del pueblo, la autoridad del rey y de los príncipes. Tomó parte en todos sus consejos, pues el emperador no pensaba día y noche en otra cosa que en la salvación del pueblo, y sobresalió entre los primeros. Fue para él el consejero de mayor peso para constituir la república, el compañero más fiel para dotarla, el auxiliar más fuerte para llevarla a su perfección.

42

Así pues, cuando en este santísimo empeño el emperador cumplía el trigésimo año de su reinado y su hermano el duodécimo de su pontificado, apenas pasados los cuarenta de su edad, celebraron juntos en Colonia la santa Pascua de Pentecostés —y no se ha concedido a los mortales gloria mayor— y se regocijaron mutuamente entre los santos oficios de aquellos días solemnes, junto con su divina madre, su hermana la reina, sus sobrinos y sus hijos, reyes, y toda aquella familia amada de Dios y todos los senadores del reino. Consta, en efecto, que ningún lugar floreció jamás con tal concurrencia, con tal esplendor de hombres de toda clase, edad y condición. Esta unión fiel y grata a Dios en toda voluntad y obra

del gloriosísimo césar augusto y de su hermano, el sumo e incomparable varón, el arzobispo Brunón; esta concordia en administrar y llevar a buen término todo lo útil y honroso; esta gratísima compañía de vida y de todos los oficios, la muerte cruel, la muerte horrenda, la muerte, digo, y solo ella, la deshizo. Y en verdad, aunque nada pareciera más atroz, nada podía haberla deshecho con más inocencia.

43

Así pues, cuando el sumo prelado Brunón, tras arrojarse primero en brazos de su señor y hermano, que se iba hacia oriente, y llorar abundantemente, hubo dejado su compañía, y, dando gracias a Dios, vio todo pacificado y tranquilo dentro de los límites del reino a él confiado, amonestó una y otra vez a todos los suyos, clero y pueblo, sobre lo que había que hacer, y enseguida se dirigió a occidente, a Compiègne, para llamar a la concordia a sus sobrinos, enemistados entre sí, afianzarlos en la fidelidad y en la gracia, y confirmar a la Iglesia su religión, al rey su honra y a cada uno lo suyo, según dictara la razón de la equidad y con el beneplácito del Señor. Ocupado en este asunto, comenzó a enfermar, y así, retenido en la ciudad de Reims por una grave dolencia corporal, al quinto día de haberle atacado la enfermedad lo postró. En aquellos días, tanto en el camino como en el hospedaje, se alimentó con la lectura asidua y casi con ningún otro alimento. Preguntado familiarmente por el obispo Wigfrido, como él mismo atestigua, por qué enfermedad se sentía

tan agobiado, respondió que no era enfermedad, sino la disolución de su cuerpo. El obispo de la mencionada metrópoli lo recibió dignísimamente y lo trató con la mayor humanidad; y en la festividad de san Remigio, que caía entonces, se sintió algo más aliviado, de modo que sus servidores y compañeros concibieron esperanza de que recobrara la salud. Pero él, llamando a los obispos que habían venido con él, Teodorico y Wigfrido, les pidió que le dieran ocasión de hacer testamento y le prestaran su ayuda. Como ellos se excusaran con gran dolor y muchas lágrimas, prometiéndole que pronto recobraría la deseada salud, él, con la energía de ánimo que siempre tuvo, se opuso: «Mientras hay tiempo —dijo—, hágase esto; muchas otras cosas nos quedan por hacer después». Luego la enfermedad se agravó y cobró fuerza, y la respiración, cerrándose ya el paso de la garganta, anunciaba el desfallecimiento de las fuerzas vitales. Entonces, llamado un notario, dictó él mismo su testamento en presencia de los testigos mencionados; todos los bienes que tenía los enajenó de sí mientras aún vivía en buena esperanza: repartió, dio a los pobres (Sal 112,9); y lo que había reunido para ordenar los edificios exteriores de las iglesias de Dios lo distribuyó en breve, según la sabiduría que le había sido dada, una vez redactada y confirmada su escritura, de modo conveniente y digno de su profesión. Quien quiera leerlo por sí mismo lo tendrá a mano escrito más abajo. El ingenio que, por don de Dios, su corazón limpio y su continuo ejercicio habían hecho pulido e ilustre no le faltó

en sus últimos momentos, como aparece claramente en sus palabras.

44

Después de esto, el pobre de Cristo, haciendo acopio de fuerza de ánimo, llamó de nuevo aparte a los obispos. Sentados ellos a su lado y acercándose más, pronunció estas palabras con gemidos abundantes y un mar de lágrimas: «Me parece que hay tres géneros de confesión, por los que el corazón del hombre se abre al Señor su Dios, testigo de los riñones y escrutador de los corazones, no para que él, que nada ignora, lo conozca más claramente, sino para que el que se conoce poco se conozca a sí mismo con más verdad, y o alabe a Dios por las buenas obras o se acuse a sí mismo por las malas. Aunque esto debe hacerse siempre —pues se nos manda velar para que no venga el ladrón y se nos cuele, cuando estamos desprevenidos, para causarnos daño—, cuando el dueño de la casa llama por la molestia de la enfermedad es necesario que la mente se levante con las fuerzas que pueda, salga con la atención que pueda al encuentro de su juez que se acerca, y, adormecidos los deseos terrenos, arda en esperanza de lo celestial; que no desespere de los bienes eternos, aunque no los haya merecido; que desconfíe de sí y confíe en el Señor. He aquí, hermanos amados, que, como veis, se llama a la puerta de mi pecho; se me llama a rendir cuentas de mi obra. Si algo podéis, os ruego, prestadme auxilio; tendedme la mano de vuestra oración. Voy incierto entre la esperanza y el temor, y debo esforzarme por no

inclinarme más hacia ninguno de los dos lados. Pero ¿qué fuerzas son las mías? Aguardo el remedio de la misericordia; estoy en manos de mi Creador; espero que se haga conmigo lo que a él le plazca. Bueno es confesar al Señor (Sal 92,2); confesión y magnificencia es su obra (Sal 111,3). Pues nada bueno puede hacerse si no lo obra él. Hay una confesión que no deplora los pecados, pero implora la misericordia, de la que se dice por medio del salmista en persona del Señor: El sacrificio de alabanza me honrará, y ese es el camino por el que le mostraré mi salvación (Sal 50,23). A esta salvación, es decir, al Señor Jesús, la confieso con la boca y creo en el corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos (Rom 10,9). En él reconozco escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2,3). Nadie puede llamarlo Señor Jesús sino en el Espíritu Santo (1 Cor 12,3). Ante él está todo mi deseo, y mi gemido no se le oculta (Sal 38,10). Dije: Confesaré contra mí mis injusticias al Señor (Sal 32,5): este es el segundo género de confesión, el que llora los pecados. El tercero, que recomienda el bienaventurado apóstol Santiago cuando dice: Confesaos mutuamente vuestros pecados y orad unos por otros para que os salvéis (Sant 5,16), esto quiero hacer con vosotros, señores y hermanos míos, esto busco con ansia. Y espero, porque tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, el justo, y él es propiciación por nuestros pecados (1 Jn 2,1-2)». Después, una vez que con estas palabras se derramó por entero ante el Señor, pidió el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor, no ignorante

de la virtud de ese mismo sacramento. Cuando se lo trajeron, aquel varón del Señor mostró lo que sentía en su alma postrándose con todo el cuerpo. Fortalecido con este alimento vital y más robusto en la esperanza, fue devuelto a su lecho, y después permaneció no menos de cinco días en la misma debilidad del cuerpo y fervor del espíritu.

45

Pero el día solemne de los bienaventurados mártires Gereón y sus compañeros, cuando ya declinaba, sufrió de repente un desvanecimiento y provocó un inmenso duelo entre los obispos, duques, condes y todos los presentes, porque creían inminente la disolución de aquel cuerpo tan amado. Él, como solía, recobrándose un poco, calmaba el tumulto con la mano, mitigaba el llanto y los gemidos de los presentes y llamaba por su nombre a los mayores y más dignos de esta última alocución: «No —decía—, no os entristezcáis, hermanos, por esta suerte mía. Por juicio del castigo divino se ha impuesto esta condición a todos los mortales; no es lícito no querer lo que el Omnipotente ha decretado inevitable. A estas tristezas sucederán pronto alegrías. Voy allá, no con la vida destruida, sino cambiada en mejor, donde pronto veré varones mucho más numerosos e ilustres que cuantos he visto aquí jamás». Y sin decir más, reclinó enseguida en el lecho sus miembros cansados. Poco después, con luz todavía plena, completó con los hermanos el acostumbrado oficio de la alabanza vespertina, y ya muy entrada la noche las completas; se

encomendó con la mayor atención al Señor su Dios y a las oraciones de sus santos, como quien pronto había de partir; fortaleció su camino con aquel gran viático, la santa y única prenda de nuestra redención; y signó con la bendición a los obispos, a sí mismo y a los que estaban presentes. Así aguardó con ánimo atento, al mandato de su Creador, la hora tremenda de su disolución. Luego, pasada la medianoche, volviéndose con el esfuerzo que pudo hacia el obispo Teodorico, su pariente, dijo: «¡Señor, ora!». Y enseguida, entre los que salmodiaban al Señor, oraban y lloraban sin medida, exhaló el espíritu. Lo que en él no podía morir fue devuelto al Creador; y su cuerpo sin vida, como él había mandado en vida, lo alzaron en un féretro sus infatigables compañeros ese mismo día, es decir, el quinto antes de los idus de octubre, y, llevándolo, llegaron al octavo día a Colonia, augusta metrópoli de su sede. Algunos de ellos atestiguan todavía con juramento, y lo afirman de modo admirable, que en aquel largo camino no sintieron casi ningún cansancio ni molestia del trabajo bajo tan gran carga. Y de donde partían, adondequiera que iban, cualesquiera gentes, cualesquiera tierras que alcanzaban, todos estimaban admirablemente, cada cual según podía, los eximios méritos de este varón digno de Dios —por usar sus palabras— para con la república, el emperador, los reyes, los príncipes y todo el pueblo.

46

Y cuando semejante cortejo fúnebre se acercaba a Colonia y la fama, harto odiosa, lo divulgaba por todo el pueblo del reino lotaringio, todos quedaron tan deshechos, sobre todo los hijos de aquella santísima sede e iglesia, como si la partida y muerte de tan gran pastor fueran el funeral de la misma Iglesia. Pues a la medida de la grandeza del consuelo anterior creció entonces la fuerza y la magnitud del dolor. Lloraban, pues, todos, muchos hasta que se les secaron las lágrimas. Muchos, atónitos, con los miembros helados, en tan gran miseria de esta orfandad, se olvidaron de que vivían. Antes que nadie se afligió con duelo y lágrimas, pero más aún con un dolor íntimo del corazón, el que había amado a este padre de la patria por encima de los demás: Folcmaro, diácono de memorable probidad y diligencia, y prudente y fiel preboste y ecónomo de esta santa iglesia, título con que el mismo padre solía honrarlo, como vicario suyo y unidísimo a él en todo asunto; en él solo se volvían entonces los rostros, los ojos y los ánimos de todos los desolados, y por voluntad y deseo de todos ellos había sido ya elegido prelado, aunque todavía no designado. A él, aunque ausente, porque lo conocía, el piadoso padre le había encomendado por su nombre, con sumo cuidado, la distribución de todos sus bienes a los necesitados y a las iglesias de su diócesis, previendo, creo, la sucesión futura.

47

Hay junto a los muros de la ciudad una iglesia humilde, ciertamente, por su estructura y su

obra, pero insigne por el nombre de los apóstoles, en cuya veneración se dice que fue consagrada; en ella depositaron el cuerpo sin vida de su pastor y lo cubrieron con las insignias del sacerdocio, en un lugar al que pocos tenían acceso, salvo los obispos y algunos sacerdotes del segundo orden. De allí, levantándolo enseguida, el clero y el pueblo, redoblando un canto mezclado con llanto, lo llevaron a la iglesia del beatísimo Pedro, príncipe de los apóstoles, donde estaba la venerable sede. Pasaron aquella noche en vela, en vigilias y salmodias celebradas con gran solemnidad, apenas reparados los cuerpos. Llegada la mañana, se reunió toda la ciudad y una innumerable multitud de los que habían acudido de diversas provincias y reinos, sobrecogidos por la repentina noticia. Estuvieron presentes el arzobispo de Tréveris y el obispo de Lieja. Salieron al medio los obispos Teodorico y Wigfrido, testigos de su última disposición y del mensaje que envió a sus hijos que allí militaban para Dios. Se leyó su testamento en el venerable presbiterio ante el altar del santísimo Pedro; y se recordaron también las cosas que, con ánimo piadoso y solícito en las cosas de Dios, había pedido y mandado, pero no había juzgado necesario poner por escrito, a saber: que durante todo aquel año, cada día, nunca se distribuyera para uso de los pobres menos de una libra entera de denarios.

48

Después, según la petición y el deseo de su corazón, en el que ardía en sus últimos momentos,

se persuadió al santísimo clero de que permitiera de buen grado trasladar su cuerpo al monasterio de monjes que, en honor de los santos mártires Pantaleón, Cosme y Damián y Quirino, no solo construyó entonces extramuros de la ciudad, sino que construye todavía y no cesa de ordenar con su consejo y providencia, gobernando Dios las señales de su buena voluntad por los méritos de los santos cuyas reliquias llevó allí y cuyo patrocinio se procuró con súplica piadosa y asidua. Todos asintieron con prontísima voluntad a todo lo que mandó; solo con grandísima dificultad se les persuadió de que su cuerpo sin vida fuera sacado del lugar más alto de su sacratísima sede. Lloraban como huérfanos por segunda vez, sin atreverse, tras larga deliberación, a resistir ni siquiera en esto a su religiosísima voluntad. El pastor fue llevado lejos de sus ovejas con lamentos y quejas que no pueden decirse. Fue sepultado en la iglesia de los bienaventurados mártires el decimocuarto día antes de las calendas de noviembre, donde hasta hoy se muestra a las claras cuán grande fue a los ojos de todos los buenos. Qué tal fue aquel a quien perdieron, lo conocieron después con más claridad buenos y malos. Frecuentan el lugar de su sepultura, recuerdan a porfía lo que hizo, lo que enseñó, cómo vivió, cómo murió. Unas veces oran por él, otras le ruegan que se digne orar por ellos. No buscan señales: atienden a su vida, recuerdan su doctrina, y se prometen, para sí o para sus descendientes, algo grande de él en lo por venir. En fin, todos son movidos por sus me-

morias a la alabanza y gloria de Dios, ahora por él muerto como antes por él vivo.

49

Testamento del señor Brunón, arzobispo y venerable en Cristo: en buena hora.

Brunón, siervo de Cristo, a sus hijos que en Colonia militan para Dios. Lo que he decidido acerca de la distribución de los bienes que la munificencia divina me ha confiado, he juzgado muy conveniente, si Dios no permitiera que yo mismo, presente, os lo comunicara, que se afiance con vuestro juicio y se apoye en vuestro testimonio, mediante un escrito que se os haga llegar. Por eso, según el parecer de nuestros hermanos Teodorico y Wigfrido, que también ellos son hijos vuestros, aprobadlo todo y, Dios mediante, llevadlo todo a cabo debidamente; y todo tesoro que con nuestros recursos se haya aportado a la iglesia —todo cuanto hay, pues se guarda bajo las llaves de este Evizón, varón ilustre, tesorero de San Pedro—, salvo lo que los servidores no hayan entregado todavía, para que no parezca que algo se ha separado de la iglesia, reúnase bajo el testimonio de Cristo y de la Iglesia ante el altar de San Pedro, públicamente en presencia del señor Popón, preboste y ecónomo de nuestra iglesia, y, examinado con cuidadosa cuenta, conságrense a perpetuidad los vasos de oro y todos los objetos más preciosos para uso perpetuo en el servicio de la santa Madre de Dios, María, y del bienaventurado apóstol Pedro en esa misma iglesia. Una copa de oro, un sello y una bandeja

griega, que están en nuestro poder, al bienaventurado Pantaleón; además, los candelabros que sirven cada día en nuestro ministerio, un jinete de plata regalado por el arzobispo de Maguncia, diez palios de los mejores, diez vasos de plata de los mejores, cien libras para terminar el claustro, trescientas para ampliar la iglesia, la cortina más ancha, tres manteles, tres tapices, otros tantos paños de banco, treinta servilletas; y además, cuantas yeguas tengamos, salvo las que se halle que pertenecen a la iglesia; las fincas que adquirí para nuestra iglesia, Langalon junto al Rin, Werebetti, Heingelon, Lidron, Wishem, que baña el Mosa; también la casa de nuestro primo, el obispo de Metz, y la finca de Bavingan, y además todo lo que él tiene de los bienes de nuestra iglesia: todo esto lo entrego. Dese también para uso de los monjes la tercera parte de los frutos de este año, obtenidos para nuestro uso. Fúndese un asilo de ancianos en un lugar conveniente, a juicio del abad, no lejos del monasterio; le concedo todo el predio que tenemos en Deutz, además Leresfelt, adquirido en Sajonia, y todo lo que se sabe que tuvo junto al Mosela Gebhardo, antiguo preboste de Bonn. Y para que esto pueda hacerse con la buena venia de nuestro señor y de nuestro sucesor, para remedio de ambos, use este como guste de Ruthinge, que por obra nuestra se añadió a los bienes de la iglesia. A semejanza del oratorio que construimos para el bienaventurado Privato junto al altar de san Martín, en la parte occidental de la iglesia, hágase uno para el bienaventurado Gregorio, gran mártir, recién traído, donde se

guarde su sacratísimo cuerpo. Para fundarlo, léguense cien libras. A nuestros hermanos de San Pedro, copas de oro, veinte libras, una cortina, dos manteles, otros tantos paños de banco. Al altar de san Gereón, grandes jarros, dos palios, un tapiz de los mayores; a los hermanos, navetas y doce libras, un mantel y dos paños de banco. Para terminar el altar de san Severino, cuatro libras de oro; a los hermanos, ocho libras, dos vasos, un mantel, dos paños de banco. A san Cuniberto, dos bandejas. A los dos santos Ewaldos, tres palios; a los hermanos, dos vasos, ocho libras, un mantel, dos paños de banco, un tapiz. A san Andrés, treinta libras, cuatro palios, otros tantos vasos, dos candelabros; a los hermanos, seis libras. Al bienaventurado mártir Elifio y a san Martín confesor, otro tanto; y además, el predio de Solagon, adquirido para nuestra iglesia en precaria. Al altar de santa María, dos vasos de los mejores; para terminar el monasterio y el claustro, cien libras; una cortina, dos paños de banco, otras tantas servilletas. Al altar de santa Cecilia, tres libras de oro, una cortina, dos candelabros, dos vasos, un tapiz, dos paños de banco, y para terminar el monasterio, cincuenta libras. A la comunidad de aquel monasterio, diez libras y un mantel. A las Santas Vírgenes, dos vasos, dos candelabros, dos palios, una cortina, un tapiz, dos paños de banco. A las santas monjas, diez libras y un mantel. Al altar de los santos mártires Casio y Florencio, dos libras de oro, las jofainas que están en nuestro poder, dos copas, otros tantos palios; a los hermanos, diez libras. A san Víctor y a su comunidad, otro

tanto. Para fundar el monasterio y el claustro de Soest, cien libras; para el altar, seis vasos, otros tantos palios, un tapiz de los mayores, dos paños de banco, una capa y una casulla de las nuestras; y además, el predio que Wodilo dio a ruego nuestro, y también el que el señor Popón nos adquirió con mucha diligencia en Richildinchuso y Arvite.

Derramad, corazones, plegarias; elevad voces de llanto: / he aquí al padre de la patria guardado en la piedra, / estirpe real, memorable por todas las tierras, / Brunón el pacífico, varón bueno y piadoso. / Arzobispo, cuya sede fue la ilustre Colonia, / fue tenido en todas partes por amado de todos los buenos. / Una luz vivísima ofendió a las negras tinieblas. / Calla la lengua envidiosa; ya solo agrada la alabanza verdadera. / No fue este mundo digno de tan raro don; / arrebatado de esta mancha, goza ya del Señor. / El quinto día antes de los idus de octubre, prelado de doce años, / dejó la vida; la esperanza bienhechora fue su compañera.